

CAPÍTULO 5: STINKY

El grupo de amigos había pasado su primera noche en la casita rural que habían alquilado a varios kilómetros del pueblo. Contaba con un pequeño patio que daba acceso a la vivienda. En él, un gran árbol daba sombra a varias hamacas de plástico que, aunque algo pasadas y estropeadas por las inclemencias del tiempo, tenían aspecto de ser cómodas. A escasos metros, un columpio de hierro blanco chirriaba cada vez que el viento soplabla más fuerte de la cuenta. Un pequeño camino de piedras iba serpenteando hasta llegar a la casa. Al acceder, la puerta dirigía directamente a un gran comedor, en el que una mesa rodeada de sillas era el mobiliario principal. De allí se accedía a la cocina y a uno de los baños, que tenía un gran ventanal hacia la parte trasera, así como a una de las habitaciones, en la que se instalaron Sonia y Adri. En la planta superior había tres habitaciones. Mónica y Juanan se habían apropiado de la primera, la más cercana a las escaleras. Por su parte, Elvira y Adolfo se quedaron la intermedia, la de menores

dimensiones, mientras que el resto de amigos habían escogido la más grande, en la que había cinco camas. La planta de arriba contaba con un segundo baño, algo más espacioso que el del piso inferior.

Vicky fue la primera en despertarse por la mañana. Habían llegado pronto del pueblo y, tras instalarse y cenar, habían pasado la noche jugando a juegos de mesa propuestos por Marta y tomando unas cervezas que habían comprado en el pueblo.

Al despertarse, Vicky notó una leve punzada de dolor en la cabeza, probablemente producto del exceso de alcohol de la noche anterior. Sin hacer ruido, la joven se levantó y comenzó a rebuscar en la mochila, medio desecha, en la que tenía un pequeño botiquín. De pronto, entre prendas de ropa y su bolsa de aseo, Vicky notó un objeto que no identificaba. Segura de que alguno de sus compañeros de habitación se había equivocado de mochila, tiró con fuerza del extraño objeto. Al extraerlo, la joven se asustó y dejó caer el objeto al suelo, al tiempo que exclamaba:

—¡Coño!

Sus amigos, sobresaltados, se incorporaron de inmediato de la cama, alertados por el grito de la muchacha.

—¿Qué haces? ¡Qué susto! —le recriminó Teresa.

—¡Susto el que me he llevado yo! ¡Mira! —respondió Vicky mientras señala al suelo, junto a su mochila.

Teresa, molesta, observó el suelo para descubrir la figura de un payaso con un martillo de madera en la mano.

—¡La madre que me parió! ¿Qué coño haces con eso?

—¿Qué gritos son esos? —Esta vez era Marta la que hablaba—. Aaaaay, ¡qué miedito! ¿De dónde ha salido eso?

Javi, que había salido de la cama y se había acercado a Vicky ante tanto revuelo, se agachó y cogió con la mano el muñeco.

—¡Stinky! Se ha venido con nosotros —afirmó, riéndose al ver al muñeco—. Míralo que gracioso el payaso, no tenía otra cosa que hacer... Seguro que ha sido Mónica, que se lo ha quitado a la niña demoníaca esa y te lo ha metido en la mochila para asustarte.

—Javi, ¿no habrás sido tú? —interrogó Vicky, todavía asustada por encontrar a Stinky entre sus cosas.

—¿Yo? No me traigo yo al muñeco este ni muerto... ¡Qué mal rollo!

—Yo estoy con Javi, esto huele a bromita de Mónica —añadió Gabi que, aunque había tardado en reaccionar, se había incorporado también de la cama para observar la escena.

—Puta pelirroja, se va a enterar...

Vicky agarró el muñeco y salió de la habitación. En el pasillo, se acercó con sigilo a la puerta de Mónica y Juanan, al final del rellano, y dejó al payaso colocado ante la puerta, que sus amigos habían dejado cerrada. Divertida, volvió riéndose a su habitación, mientras Javi, Gabi y Teresa estaban ya fuera de la cama y Marta continuaba remoloneando tumbada.

—Verás el buen despertar que va a tener...

El grupo de amigos bajó al comedor, justo en el momento en el que Sonia y Adri salían de su habitación.

—¡Buenos días! ¿Qué os ha pasado, que he escuchado un grito? —Preguntó Sonia con efusividad.

—Tu amiga, la pelirroja, que es muy graciosa y me ha metido el muñeco que tenía la niña en la mochila y casi me da un infarto.

—¡Qué mala es! Espero que se la hayas devuelto...

—Hombre, ¿no sabe con quién se ha metido!

Ambas entraron en la cocina, acompañadas por el resto de amigos, y comenzaron a preparar el desayuno. A los pocos minutos, el resto del grupo llegaba al comedor.

—Buenos días a todos. ¿Qué tal has dormido, Mónica?

—Yo muy bien, Vicky, ¿y tú? —responde, extrañada, mientras Marta, Teresa, Gabi y Javi la miraban divertidos.

—Estupendamente. ¿Has tenido un buen despertar?

—Sí, claro. ¿Qué pasa?

—No sé... Solo pregunto. ¿No había nada en tu puerta que no te esperases? —insistió la joven.

—¿Algo que no me esperase? ¡No! ¿Qué habéis hecho ya, cabrones? —exclamó dirigiéndose al resto de sus amigos, que comenzaron a reírse estrepitosamente.

—Sí, ahora hazte la tonta... ¿No te ha gustado el regalito? — esta vez era Teresa la que hablaba.

—¿Qué regalito? En serio, ¿de qué habláis?

—¿No había nada en tu puerta cuando te has despertado?

—preguntó Gabi, que había dejado de reírse.

—¡No! ¿Qué coño va a haber?

—Ay, ahora sí que me cago...

—¿Qué es? ¿Qué habéis hecho? —preguntó Juanan, intrigado.

—Esta mañana, cuando he abierto mi mochila, he visto al puto payaso ese que tenía la niña, y creí que habías sido tú la que lo habías puesto ahí. Así que me he ido a tu cuarto y lo he colocado delante de la puerta para devolvarte el regalo...

—¡Tía! ¡Qué miedo! Yo no fui... Y esta mañana no había nada... ¿Quién lo ha cogido? —preguntó Mónica, con una risa nerviosa.

Todos comenzaron a mirarse entre sí, tratando de descubrir cuál de todos los amigos era el bromista que estaba tratando de reírse del resto.

—Mira eh, el payaso ese da mucho mal rollo, a mí no me lo acerquéis —exclamó Gabi, asustado de verdad.

—Se habrá caído y estará junto a la puerta y por eso no lo habéis visto... Yo voy a desayunar, que me muero de hambre, luego lo buscáis si queréis —dijo Elvira mientras salía de la cocina hacia el salón con una bandeja de tostadas y un café en la mano.

—¡Como no esté me cago de miedo y me voy a mi casa a llorar con mi mamá, ya lo aviso! —Marta comenzó a reírse al ver la cara de pánico de Gabi.

—Amiga, nos iremos juntas —respondió el muchacho, sin parar de reír de puro nervio.

—Anda, a ver, valientes, voy a subir yo que sé dónde lo he puesto —afirmó Vicky, dirigiéndose escaleras arriba.

—Venga, voy contigo, que ahora me ha dado la paranoia —se ofreció Mónica, curiosa.

Al llegar al rellano y ver que el payaso no se encontraba junto a la puerta, ambas muchachas bajaron corriendo a toda velocidad junto al resto.

—Me voy a cagar en vuestros muertos... ¡Os juro que como me hayáis metido al payaso en la mochila otra vez os mato!

—¡Juanan has sido tú, que has salido el primero! —acusó Mónica.

—¡Pero si venías detrás! ¡Yo no he visto ningún payaso!

El grupo de amigos comenzó a desayunar, entre bromas y risas para tratar de descubrir quién era el culpable de los extraños paseos del payaso. Ese tipo de bromas no eran extrañas entre ellos, que acostumbraban a hacerse trastadas los unos a los otros en cada viaje que hacían juntos.

—Seguro que está mintiendo la pedazo de asquerosa y me la va a devolver —Vicky seguía insistiendo en que Mónica era la culpable de todo.

—Pues mira, la verdad, eso espero, Vicky, porque como el puto payaso se haya evaporado yo me cago encima... —afirmó Gabi, que era al que menos gracia le hacía todo el asunto.

Al terminar de desayunar, Mónica se puso en pie para dirigirse de nuevo a su habitación. Convencida de que la muchacha había guardado el payaso en algún sitio, Vicky se

lanzó tras ella para tratar de descubrir el paradero del escurridizo muñeco. Mónica, muerta de risa por la desconfianza de su amiga, aceptó el acompañamiento de la muchacha sin remedio, pues la joven se había pegado a ella como una lapa.

En la planta de abajo, Marta abrió la puerta del patio para salir a fumar, puesto que habían acordado que no fumase dentro para no tener problemas con la dueña, una señora mayor algo estricta. Al salir, la joven se dirigió hacia las hamacas para sentarse al sol de la mañana mientras fumaba. Una vez acomodada, la muchacha se dispuso a encender el cigarro, pero el frío de la sierra le entumecía las manos y el mechero se le escurrió bajo la hamaca. Tendió la mano para buscar a tientas, pero algún objeto punzante se le clavó, provocando que la chica lanzase un quejido. Molesta, se arrodilló junto a la hamaca, tratando de descubrir qué era lo que se le había clavado. Al agachar la cara para mirar bajo la hamaca, descubrió con terror que, mirándola directamente a los ojos, el pequeño Stinky le había clavado un pequeño cuchillo metálico

que llevaba en la mano. La joven, que no esperaba encontrar al muñeco allí, lanzó un grito de terror.

Al segundo, Gabi y Teresa salieron de la casa para descubrir a su amiga tirada en el suelo y chillando.

—¿Qué haces? ¡Me vais a matar con tanto susto! —recriminó Teresa.

—¡El payaso! —chilló Marta, metiendo de nuevo la mano bajo la hamaca y sacando al viejo Stinky.

El muñeco, que por la mañana solo tenía un martillo de madera en una de las manos, ahora llevaba la otra equipada, además, con un pequeño cuchillo.

—¡Ay, me cago! ¡Yo me voy de esta casa! —dijo Gabi—. ¡Vicky, tu amigo está aquí abajo! ¡Y encima tiene armas nuevas! ¿Lo has tirado por la ventana o qué? —chilló.

El resto de amigos salieron al patio, entre alucinados e incrédulos al descubrir que el muñeco Stinky había bajado de la planta superior al patio por sus propios medios.

Desconfiando unos de otros, acordaron dejar a Stinky en algún lugar en el que todos pudiesen localizarlo. Vicky, que

había tomado las riendas en la gestión del problema derivado del muñeco viviente, decidió que el sitio apropiado era sentado en el columpio. Su teoría, apoyada por Gabi, era que, debido a los chirridos que emitía el columpio cuando se movía, serviría para saber en todo momento las andanzas del agresivo muñeco. El resto de amigos, divertidos ante las teorías paranormales de Vicky y Gabi, aceptaron la ubicación de su nuevo compañero de viaje sabiendo que, a la primera de cambio, utilizarían al pequeño Stinky para gastar alguna que otra broma al asustadizo Gabi.

Tras recoger y preparar una mochila pequeña, el grupo de amigos se dispuso a salir de la casa para hacer una excursión a Capileira, otro pueblo de la Alpujarra, situado a unas tres horas a pie. Allí pasarían el día para volver cómodamente por la tarde.

Mientras los amigos salían, el pequeño Stinky los observaba desde su columpio. Ninguno de ellos percibió que, al poco de salir de la casa, Stinky ya no se encontraba en el columpio.